

AYLLU-SIAF., N2, Enero-Junio (2020) pp.: 65-89

ISSN: 2695-5938 e-ISSN: 2695-5946

DOI: 10.20983/Ayllu-Siaf.2020.2.4

MANIFIESTO INTERACCIONISTA

José Manuel Sánchez López, IES Santa María de Alarcos, Ciudad Real, España

Recibido: 2020-05-20

Aceptado: 2020-06-22

Resumen

Después de 200 años del manifiesto comunista, parece conveniente su revisión desde otro punto de vista: en lugar de plantear la historia como una lucha de clases, plantearla como una colaboración entre individuos. Una lucha por la libre relación individual en lugar de la lucha de unos grupos contra otros. El pensamiento liberal también necesita su manifiesto.

Palabras clave: Marxismo, manifiesto, liberalismo, lucha de clases, interacción, relación, libertad.

Abstract

After 200 years of the communist manifest, it seems convenient to review it from another point of view: instead of posing History as a class struggle, stand it as a collaboration between individuals. A fight for the free individual relationship rather than a fight of some groups against others. Liberal thinking also needs its manifest.

Key words: Marxism, manifest, liberalism, class struggle, interaction, relationship, freedom.

1. Nuestra historia

La libre interacción entre individuos es el motor de la historia. Ese fantasma recorre la historia humana desde nuestro origen. Nuestra especie se extendió por todo el planeta por su capacidad cooperativa: somos conscientes de nuestra propia individualidad y a la vez capaces de colaborar en grupo. Esta dualidad nos permite concebir un proyecto individual y plantearnos proyectos comunes, podemos ser uno mismo y tener proyectos comunes sin diluirnos en la colectividad.

Durante nuestra breve historia hemos puesto en práctica esta habilidad. Cuando las hordas primitivas acertaron a coordinarse poblaron toda Eurasia, y tras vivir de la enorme abundancia de carne de la prehistoria, los sapiens siguieron interactuando entre sí para producir su propio alimento. Sobrevivimos por nuestra capacidad de interactuar unos con otros repartiéndonos las tareas. Nos asentamos y construimos ciudades, creamos las leyes, la escritura, los mitos, la ciencia, el tiempo común, el comercio, el dinero, internet. Todos, inventos para mejorar la interacción y coordinar esfuerzos. Duplicamos nuestra esperanza de vida y exploramos cada rincón del planeta hasta incluso salir de él. Los artefactos fruto de la mano humana trascendieron nuestro pequeño ecosistema y salieron del sistema solar.

Todo esto lo hemos conseguido a pesar de que unas clases de humanos a veces luchan contra otras. Cuando la lucha cesa, esos logros se aceleran. Cuando la coordinación entre nosotros se incrementa, esos logros se encadenan. Y esa interacción entre individuos funciona mejor cuando es libre y por tanto respeta la individualidad: cada uno de nosotros consigue una conexión satisfactoria con otros cuando él mismo puede decidir libremente si mantenerla o suspenderla. Si esa conexión es forzada se vuelve destructiva. Si esa conexión es decidida y administrada por una autoridad externa, su resultado es reforzar esa autoridad externa en lugar de uno mismo. Gracias a la libre conexión entre individuos hemos convertido un entorno hostil en un hogar, hemos cooperado a una escala nunca antes vista en la biosfera, estamos dominando nuestra biología, construimos máquinas inteligentes, expresamos la belleza y la recreamos en mundos imaginarios que acaban siendo para nosotros tan reales como el mundo físico. Si la interacción entre individuos cesa por algún motivo (una pandemia,

por ejemplo), la riqueza deja de producirse. Nos separamos, la actividad conectada decae y todos perdemos. El aislamiento nos paraliza.

Tenemos la posibilidad de crear las condiciones para el progreso cuando decidimos hablar con otro, trabajar junto a otro, vivir junto a otro o crear junto a otro. Y siempre que la decisión la mantenga cada uno sin coacción, sólo porque la considera valiosa. Ese valor positivo que puede nacer de las libres conexiones entre individuos nos ha convertido en lo que somos. Cuando esa libertad para interactuar existe, convertimos nuestro entorno en algo agradable y próspero. Si no existe esa libertad – si la interacción es forzada, obligada, alienante – la convivencia humana es un infierno que genera infiernos. Entonces la libre relación acaba siendo mutua esclavitud.

La libertad es el germen del progreso, y su vehículo es la interacción. Una interacción que pueda ser cancelada por una de las partes cuando la juzgue perjudicial. Esta libre coordinación entre individuos puede construir monstruos (ideologías totalitarias, destrucción del medio ambiente), pero tras criarlos y juzgarlos por sus frutos podemos acabar con ellos de la misma manera que los engendramos: con una libre cooperación entre individuos. Vencimos al totalitarismo cooperando. Podríamos enmendar el cambio climático si cooperamos a tiempo. En la medida en que esos monstruos se escuden en algo que dificulte la relación entre individuos, su vida podrá ser más larga y sus daños más persistentes. Cualquier totalitarismo siempre busca ante todo que los individuos no se relacionen por sí mismos, sino a través de una interpuesta autoridad central.

Ricos y pobres, orientales y occidentales, creyentes y ateos: individuos en interacción continua han conseguido beneficiarse mutuamente de la libre interacción, y se han perjudicado mutuamente cada vez que tratan de anular al otro. Cuanto más hemos interactuado más productiva ha sido esa cooperación. Cuanto más libremente hemos interactuado, más creativa ha sido esa interacción.

Hoy día lo reaccionario es impedir esa interacción entre individuos. Hoy en día lo conservador es dificultar la relación entre individuos. Porque de esa manera se quiere impedir el progreso de la historia. La reacción son quienes impiden la libre toma de decisiones de los individuos sobre su propio trabajo, su tiempo, su dinero, sus facultades. Es reaccionario quien me impide interactuar libremente.

En la interacción con los demás cada uno aporta lo que puede: su fuerza muscular, su talento, sus conocimientos, su voluntad. Y de las carencias

de uno se beneficia quien suple esa carencia a cambio de lo que él carece. La desigualdad entre todos nosotros es la garantía de la efectividad de nuestra cooperación, que redundará en el beneficio de cada uno y al final de todos. Si eliminamos a quien es de un tipo diferente al nuestro perdemos las ventajas que podemos sacar de sus aptitudes a través del intercambio y la cooperación. La homogeneidad elimina la riqueza de la diversidad. Si fuéramos todos iguales no habríamos sobrevivido, porque somos una especie cooperativa. La diversidad es la base que permite el progreso, si está acompañada de igualdad de oportunidades.

En las primitivas épocas este intercambio era lento y torpe, y a través de los siglos se ha ido agilizando y ampliando, y esta conexión mutua de intereses personales ha resultado ser el más formidable instrumento colectivo de creación y reparto de riqueza. Quien viva en la miseria tendrá más oportunidades si consigue intercambiar algo con otros, aunque sean su tiempo y su fuerza de trabajo, y si tiene suerte podrá intercambiar el talento que tenga. Si vive aislado morirá o vivirá de manera no humana. El ingenio, el trabajo y la previsión son los motores del progreso individual y colectivo, y sólo funcionan en ausencia de coacción, la cual suele ser la guerra entre individuos o entre grupos de individuos, así como imposiciones de una autoridad que se atribuya la fatal arrogancia de pretender que sabe lo que nos conviene mejor que nosotros mismos.

El análisis de la sociedad y de la historia como un simple cuento de buenos y malos es propio de niños pequeños. La realidad es bastante más compleja, aunque ese cuento infantil sea tan popular precisamente por su simpleza. Ni es bueno alguien que tenga poco por tener poco, ni malo alguien que tenga mucho por tener mucho, ni a la inversa. El bien y el mal están más mezclados en la realidad que en un cuento infantil. Desconfiemos de los discursos simplistas de buenos y malos. Cada uno será bueno o malo en función de lo que aporta al resto, y en función de la intencionalidad de sus relaciones con el resto.

A lo largo de su historia, los individuos han ido buscando formas de interactuar entre ellos para subvenir a sus necesidades. En este camino, el Estado se ha revelado con el doble rostro de Jano: instrumento necesario por una parte, fuente de obstáculos por otra. La complejidad de las relaciones sociales es la primera prueba contra las teorías simplistas que nos reducen a buenos y malos, cuentos de hadas que han generado muchos muertos y mucha miseria. La convivencia humana no es un simple

cuento maniqueo. Es una interconexión de intereses, en la cual cada uno debe ser libre y las reglas deben estar claras para que no haya situaciones de privilegio. El intercambio mundial es otro rostro doble de Jano, pero con sus luces y sombras es el destino legítimo del ser humano: conectarse unos con otros. Con personas cada vez más lejanas, sobre temas cada vez más amplios, para intercambiar cada vez más mercancías, servicios, ideas, cultura, palabras, creencias, conocimientos. Crecemos en la interconexión. Nos empobrecemos en el aislamiento. Y la propia iniciativa y los propios intereses son la brújula más adecuada para relacionarnos unos con otros, porque no somos instrumentos de una totalidad ajena, sino configuradores de nuestra propia vida.

De la misma manera que vivir en sociedad ha potenciado nuestra inteligencia, también nuestro bienestar material se puede ver incrementado si vivimos en sociedad. Un pequeño grupo itinerante que en la prehistoria fuera buscando sus alimentos sobrevivía a duras penas. Un enorme grupo de millones de personas puede hoy sobrevivir mucho mejor que aquellos pobres infelices del paleolítico precisamente porque todos o la mayoría cooperan en la satisfacción de las necesidades. Pero ¿por qué cooperan? ¿por qué cada uno trabaja en lo que necesita la sociedad? Casi siempre por interés personal, aunque pueda ser a veces también por concienciación sobre lo colectivo. Pero el panadero no suele hacer el pan por hacer el bien, sino por su beneficio, y sería ingenuamente utópico esperar lo contrario con frecuencia. Lo que hay que buscar es que realmente el panadero pueda ganarse la vida con su trabajo. Y que pueda cambiar de trabajo si hay problemas, así como que esas decisiones sobre qué hacer y cómo hacerlo las gestione él mismo libremente. La búsqueda del interés personal de cada uno a su manera es la otra cara de nuestra libertad, y redundante en beneficio de todos si esos intereses se complementan unos a otros (ese panadero tendrá que vestirse, vivir en una casa, educar a sus hijos). Si muchos en ese sistema dejan de buscar por sí mismos su propio provecho y dependen de que la autoridad política satisfaga sus necesidades, se convierten en esclavos de esa autoridad. Es necesario aprender a pescar, no esperar el pescado en una caja del gobierno. Por mucho que esa caja nos llegue puntualmente, es una trampa contra nuestra autonomía. Es una trampa que nos convierte en ganado. Generar dependencia anulando la libertad personal es uno de los más poderosos instrumentos de la autoridad política para hacerse con fieles servidores.

Todas las formaciones políticas que hemos inventado desde nuestro remoto origen en África han sido instrumentos más o menos adecuados para nuestra mutua relación. Hemos aprendido a mejorar unos y descartar otros. Y sobre todo hemos aprendido a desconfiar de las utopías a priori que prometen un paraíso después de un baño de sangre o después de soportar la explotación de unos por otros. La verdadera revolución que nos hace progresar no es la dirección de una minoría, sino nuestra propia dirección bajo nuestros propios intereses, en un marco de respeto común al resto de conciudadanos. Ese es el gran descubrimiento de la modernidad. El *sapere aude* de la Ilustración es hoy una llamada a atreverse a desarrollar uno mismo su propia actividad (trabajo, pensamiento, creación) en sociedad, desde uno mismo y por uno mismo, en relación con los otros. Ser capaz de depender de los propios recursos, la propia inventiva, el propio y sagrado esfuerzo que ante todo debe enriquecer a quien lo hace, y que de manera secundaria beneficia a quien lo consume. El panadero que hace mejor pan se beneficia de su trabajo, y produce ese beneficio a quien consume su producto. Y seguramente estará en condiciones de contratar a un ayudante, que accederá a serlo si le convienen las condiciones. En esta relación personal, la autoridad política sólo sirve para asegurar que todos los intervinientes (consumidor, panadero, ayudante) están ahí libremente y se puedan marchar libremente.

Al pensar diferentes formas de gobierno en nuestra historia, estamos forjando lo más sólido de vida humana: la satisfacción que da vivir del propio trabajo y progresar por el propio trabajo. La destrucción y el enfrentamiento son la superestructura de la historia humana, su base es la construcción y la relación mutua, la libre relación entre individuos. Y el parto de la historia no es ni una férrea dictadura ni un sueño infantil de buenos salvajes, es el individuo que puede decidir sobre sí mismo en sus relaciones con otros. Sobre su tiempo, su trabajo, su esfuerzo, sus ideas. Y que recoge el fruto de sí mismo. Esto es lo que hemos ido construyendo y lo que aún seguimos construyendo mientras nos relacionamos libremente unos con otros.

La interdependencia de las naciones y de la producción intelectual y material son el suelo abonado sobre el que puede crecer la libertad de acción individual. No es una red para dominar, sino una red para liberar, porque puede ser el instrumento de la prosperidad personal. Esa interdependencia va sublimando sus entidades políticas. Los desfasados Estados

nacionales se van integrando en unidades supranacionales que a su vez interactúan con otras entidades similares, y todas ellas se agrupan en un organismo global, en un discurrir histórico no lineal del cual se espera que no haya marcha atrás por mucho que el instinto tribal del nacionalismo parezca tener gran fuerza momentáneamente, y por mucho que siempre podamos señalar los fallos de estas entidades globales, dado el carácter dialéctico del progreso histórico. En ese crecimiento hacia lo global, cada ente político va perdiendo poder en favor de los individuos, que deben decidir con su interrelación el curso de su vida. La historia humana es la prueba del progreso hacia la creciente interacción, y sus resultados objetivos son la prueba de la bondad de ese progreso, y por tanto de su irrenunciable necesidad. La vida misma sobre la Tierra es una historia de interconexión, desde la vida unicelular hasta los organismos pluricelulares, uno de los cuales está formando una sociedad global conectada y descentralizada: nosotros.

¿Qué siglo anterior hubiera siquiera sospechado el nivel actual de interconexión? La revolución presente no lo es de carácter político, pero tendrá sus consecuencias políticas. Porque la política es una mera consecuencia, y debe ser una mera consecuencia, no un proyecto a priori que se impone a los individuos y determina su interacción. La ideología es un subproducto pasajero de la base real, que es la interacción.

A un cierto grado de desenvolvimiento de las interconexiones entre individuos, las estructuras políticas cambian como respuesta a esa interacción. No son los gobernantes quienes dictan el curso de la historia, es la interconexión de individuos la que fija el rumbo de la humanidad. Cada sistema político va resultando demasiado estrecho para abarcar las interconexiones que establecemos, y por eso el mejor sistema político es el que puede adaptarse continuamente. Van quedando por el camino como las pieles muertas de la serpiente. La vida sobre nuestro planeta no existiría sin su capacidad de cambio, la sociedad civil no existiría sin la libertad de relación. Cualquier régimen político sin capacidad de cambio es inservible, a no ser como cárcel o como ídolo.

La peor explotación es el aislamiento de esta interconexión. No permitir la libertad de prensa, o de asociación, o la pluralidad de partidos políticos, o eliminar la libertad de expresión, de creencias, de trabajo o de movimiento. Quien crece en el aislamiento se empobrece en sentido originario: es menos capaz de desarrollar por sí mismo riqueza de algún tipo. Se le roba la originalidad, la inteligencia, la ilusión. Quien crece en la

interconexión aprende que la fuente de la riqueza y el progreso es la relación con los otros, tanto a nivel material como intelectual o de otro tipo. Quienes nos quieran en el aislamiento de unas fronteras, unas ideas fijas, o unas limitadas opciones en cualquier sentido no quiere sino nuestra ruina.

El cambio siempre ha sido esencial en la sociedad, pero nuestro tiempo hace que este cambio sea más rápido que nunca, y que previsiblemente se acelere cada vez más. Conviene tomar conciencia del inédito progreso que han supuesto los dos últimos siglos en las condiciones de vida de millones de personas, ya que en el siglo XXI el pesimismo suele estar mejor visto que el optimismo, aunque este sea realista y racional. Es un hecho que grandes masas de población han mejorado sus condiciones en el siglo XX, hay que examinar ese hecho y buscar las causas, para fomentarlas. El ciudadano medio ha conseguido un nivel de vida que siglos atrás ni los más poderosos podían esperar. La revolución alimentaria del siglo XX ha permitido una abundancia de comida como jamás ha existido. Hoy el hambre no es un problema de cantidad de alimentos, sino de su distribución, así como la pobreza no es un problema de dinero, sino de estructuras políticas y económicas. El hambre es un problema político, no técnico. Cuando la política siga los cauces de las revoluciones técnicas que han permitido la subida del nivel de vida en muchos países, es previsible que las zonas de sombra de la humanidad que aún quedan (hambre, guerra, explotación, ignorancia) se vayan iluminando, como de hecho se han iluminado tantas zonas en tantos países (India, China, Brasil, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, etc.) en los cuales el abuelo sobrevivía con un puñado de arroz, y el nieto puede comer carne. Hoy muchos trabajadores pueden decir de sí mismos que tienen más propiedad y derechos que ayer, y que quieren tener más propiedad y más derechos. Es necesario preguntar a cualquier trabajador qué quiere, en lugar de decirle qué tiene que querer. Cada uno es el mejor juez de sus propias aspiraciones.

En esta evolución no se trata de hacer tabula rasa de la sociedad, una abolición tras la cual se empezará de cero, ese repetido año cero de la historia a partir del cual todo sería nuevo. Esos nuevos comienzos siempre han ocultado antiguos caminos. Hoy podemos decir que tenemos mucho que salvaguardar, y que no queremos empezar desde cero. Quienes prometieron un paraíso inminente y total a los parias de la tierra han cumplido mucho menos que aquellos que no les prometieron nada, pero les ofrecieron trabajo. Si desvanecemos todo lo sólido en el aire nos quedamos sin nada

sólido, y sólo tenemos una atmósfera venenosa. Lo que es sólido debe solidificarse más, y lo que no es más que humo debe desvanecerse. Todos los individuos tienen derecho a participar en la sociedad, y la sociedad mejora cuando ejercen ese derecho en libertad: esa es la enseñanza de los dos últimos siglos, y esa es la garantía de nuestro progreso como especie. La especie humana es nuestra única nación y nuestra única clase

Es falso que hoy día la pobreza crezca más rápido que la población y la riqueza. Aun en unos tiempos en los cuales la población crece como nunca y los dividendos de la riqueza crecen como nunca, el nivel de vida de los trabajadores también alcanza a crecer como nunca, y si bien aún no llega a todos con la necesaria celeridad, ya quisieran los necesitados del pasado ser los necesitados de hoy. Al trabajador ya no le es necesario – nunca lo fue – hacer saltar por los aires a la sociedad. Esa nunca fue una buena inversión, y las veces que se hizo hubo que reconstruir lo volado. Lo que necesita como nunca el individuo es relacionarse libremente en el seno de la sociedad, y su forma de relación es el trabajo. Al trabajar se crean lazos de dependencia mutua. Si un nudo de esa red falla, el resto de elementos se relacionará con otros nudos, y eso provoca que a cada uno de esos nudos le interese que la red se mantenga, y la garantía de su mantenimiento es que sea una red libre, en la que cada uno se relacione por elección propia. Por eso en esa red de relaciones no existe un elemento superior y uno inferior, todos se necesitan. Si los burgueses producen a sus propios sepultureros será por estupidez del propio burgués, el cual debería cuidar sus relaciones, pues la esclavitud que proyecta en otros se volverá contra sí mismo. La historia ha demostrado que esa estupidez puede evitarse, lo hemos visto en aquellos países en los cuales burgueses y proletarios armonizaron sus intereses durante el siglo XX, convivieron y acabaron incluso siendo indistinguibles, para escándalo de los ideólogos de la confrontación. Los obreros revolucionarios de otros supuestos paraísos proletarios acabaron derrumbando muros y atravesando mares para ir a aquellos países en los cuales ambas clases se entendieron entre sí, allí donde la libre interacción deshizo el nudo de la revolución.

2. Los enemigos de la libertad

Siempre habrá individuos que pretendan controlar al colectivo para que este no sea un colectivo de individuos libres, sino una manada, con unos jefes que suplanten la decisión individual. Ellos nos dirán en qué debemos trabajar, qué debemos saber, qué debemos creer, cómo debemos vestir, incluso cómo debemos hablar. Esa decisión externa es una violencia absoluta contra nuestra naturaleza. Esa coerción externa cobra fuerza porque le damos poder, porque no hacemos nada contra ella. Si no le damos fuerza, no es nada. Si nadie obedece al tirano, su poder no existe. Ninguna tiranía puede controlarnos a todos, salvo si colaboramos con ella. En la manada algunos controlan al resto porque el resto accede a su control. Libremente cedieron su libertad. Libremente pueden recuperar su humanidad si cesa toda cooperación con quien nos niega la humanidad.

La libre interacción entre individuos siempre ha tenido enemigos, pues ese poder en libertad es contrario al poder concentrado. Tiranos, déspotas, caudillos, proteccionistas, partidos únicos, lobbies que presionan, monopolios, holdings, cárteles, sagradas patrias... Distintas formas de rebaño que se basan en el mismo principio. Todos esos enemigos de la libre construcción espontánea de la humanidad en función de los mutuos intereses de los individuos han creado los monstruos que han dificultado nuestro avance, pero no lo han impedido. Sólo han conseguido dolorosos retrasos. Porque su poder proviene de los mismos individuos que pretenden encorsetar, pero los individuos pueden tomar conciencia de su poder, asumir sus decisiones, escapar al control totalitario: si el poder no permite a los vecinos desarrollar su trabajo, estos acaban desarrollándolo como economía sumergida, de la misma manera que una vasija agrietada no puede contener un líquido. Un régimen sin libertades produce disidencia. Cuando no podemos expresarnos en papel escribimos en las paredes. Cuando el poder no nos reconoce nuestro trabajo, si para nosotros es valioso lo hacemos sin pedirle reconocimiento. Todo intento de limitar la libre decisión personal es temporal, y está condenado al fracaso, por muy prolongado y cruel que sea su daño. Cada uno de nosotros quiere decidir sobre sus acciones y sus relaciones con los demás, y cuando se nos niega ese derecho se nos niega la humanidad. Por eso es preciso que el motor de la interacción sea la decisión personal, porque de lo contrario seríamos los recaderos de un poder externo, y nuestra vida consistiría en llevar y traer esos recados.

El individuo no debe esperar que una entidad colectiva piense por él. Debe pensar por sí mismo, actuar por sí mismo. Lo cual no implica aislamiento, sino pensar su circunstancia. Sería absurdo abrir una peluquería en un vecindario de calvos. Igualmente sería injusto exigir al gobierno que distribuya a los no calvos por toda la ciudad a fin de que mi peluquería tenga clientela. No soy libre si dependo de ese gobierno. Mejor debo pensar por mí mismo otra forma de relacionarme que no sea la peluquería. No esperemos liberadores, porque nos convertiremos en sus esclavos. Si a tu puerta llama alguien diciendo que viene a liberarte, lo más probable es que venga a ponerte una cadena. Hoy día los enemigos de la libertad se llaman a sí mismos "liberadores". ¿Qué función cumplen los mesías? Piensa si en el escenario de liberación que los mesías te cuentan acabarás dependiendo de algo que ellos te den, o si por el contrario podrás depender de ti mismo. Quizá me liberen del hambre si me dan alimento, pero me hacen depender de quien me lo da, y esa relación no contribuye a mi desarrollo personal. La liberación consiste en aprender a buscarme la comida por mí mismo. Las promesas electorales que consisten en darnos algo no son más que el cebo que nos apresará.

Quizá se piense que somos egoístas por pedir la prevalencia de la decisión personal libre. ¿Qué oposición al yugo de una élite no ha recibido alguna vez el nombre de "egoísmo"? ¿Qué tentativa de decidir uno mismo sobre sus propias interacciones no ha sido atacada alguna vez como "insolidaria"? No se puede prejuzgar una acción antes de ver sus frutos. El progreso es fruto de la libertad mutua. La solidaridad sólo es cierta si se ejerce libremente, y puede ser efecto de la libre concurrencia de decisiones personales. Un mutuo acuerdo libremente mantenido beneficia a ambas partes, y tiene un efecto más duradero que si dependiera de la buena voluntad de quien es solidario conmigo. La libertad es la esencia de la bondad y productividad de las relaciones personales. Si me obligan a seguir casado con alguien, la convivencia será un infierno. Si podemos elegir esa convivencia en libertad, será algo positivo. No es egoísta quien desea orientar su interacción con otros en función de sus libres decisiones personales. Al contrario, está sentando las bases de la autenticidad de esas relaciones personales, que por ser auténticas ayudarán a quien opte libremente por ellas.

¿Qué libre interacción entre individuos no ha sido perseguida por quienes no participan del acuerdo? ¿No tiene cada uno de nosotros derecho a firmar sus propios acuerdos? ¿A modelar su vida según sus propias elec-

ciones? ¿Tiene derecho el resto de la sociedad a marcarnos el rumbo de nuestra libertad? ¿Por qué deben imponerme cuánto vale mi esfuerzo, mi tiempo, mi talento? ¿No debo decidirlo yo mismo? ¿No debo ser yo quien le ponga precio a esos bienes, y quien juzgue si varío ese precio, y cuánto? ¿Quién no ha sido alguna vez llamado opresor y egoísta por fijar los precios de sus bienes, de su trabajo, de su tiempo, y no permitir que se malbaraten? La realidad de una clase social son los individuos. La única realidad de la sociedad son los individuos. La sociedad es una construcción abstracta. Jamás te encontrarás por la calle con la sociedad, sólo verás individuos.

De esto sacamos una enseñanza:

1. La libre interacción entre individuos en sus múltiples formas (lenguaje, ciencia, mercado, información, migración, acuerdos, asociación) es el motor del progreso individual y colectivo.
2. Si no existe libertad en las interacciones se frena el progreso.
3. Los enemigos de esa libertad pretenden suplantar la voluntad de los individuos, pretenden decirles lo que ellos deben querer en lugar de dejarles plasmar en la realidad lo que quieren.
4. ¿Quiénes son esos enemigos de la libre conexión? Otros individuos que quieren monopolizar las relaciones humanas, eliminar su libertad, tenernos como esclavos.

Por tanto: Ha llegado el momento en que todos los individuos amantes de la libertad expongan a la faz del mundo su manera de ser, sus fines y sus tendencias; que opongan al fantasma de la injerencia de terceros un manifiesto por la libre interacción. Con este objeto replicamos a los creyentes en la tutela colectiva y les exhortamos a valerse por sí mismos.

3. Clases sociales

Todas las sociedades han estado siempre estructuradas de alguna manera, pero la posición que cada uno ocupa en la estructura social debe ser un reflejo de las propias características, no un privilegio familiar o estatal. La igualdad de oportunidades en la interacción con otros y la libertad personal en ese intercambio son las garantías de que la estructura social sea justa.

Quien ambiciona el poder sabe bien explotar nuestras más rastreras pasiones: la envidia y el rencor. Son el anzuelo en manos de quien sólo busca

el poder, y de quien sólo usa el poder para mantener sometidos a quienes han mordido su anzuelo. La meta del hombre libre es llegar a valerse por sí mismo, decidir por sí mismo sus relaciones con los demás. Que seas dependiente del poder político es la meta del poderoso que te quiere esclavo. Nada más transgresor para un tirano que un tejido social de individuos que se valen por sí mismos, que se relacionan libremente entre sí y que crean prosperidad por sí. Ese es el enemigo del tirano: la decisión personal.

Por eso las clases sociales, si existen, no deben ser una clasificación cerrada, sino el resultado de nuestra diferente manera de vivir en el mundo. Deben ser la expresión de la diversidad social, no su obstáculo. No deben ser un límite a nuestra libertad, sino simplemente la expresión externa, eventual, inexacta y parcial, de nuestra circunstancia y nuestra conducta. Para ello es vital mantener en funcionamiento el ascensor social: aquellos individuos que establezcan relaciones libres mutuamente provechosas (en trabajo, tiempo, conocimiento, etc.) deben poder beneficiarse de ellas. La mejor manera de que el ascensor social quede libre es que podamos establecer libremente nuestras conexiones con los demás: que podamos decidir qué trabajo nos conviene, qué estudios preferimos, con qué otras personas e ideas nos relacionamos. La libertad en la interacción es el motor del progreso. Las interacciones anquilosadas son el camino hacia la esclavitud, y en toda esclavitud hay un amo que no desea que nos emancipemos.

Por tanto, las clases sociales no deben inmovilizar al individuo, sino ser su forma de expresión. Ellas están a su servicio, no a la inversa. Deben ser el resultado dinámico del ejercicio de la propia libertad. “Si elijo libremente mi trabajo podré vivir mejor” es lo que piensa un hombre libre. Y ese legítimo deseo debe ser respetado por todos los demás individuos. Si las clases sociales son estamentos cerrados y no existe posibilidad de mejorar para quien no tiene nada, es preciso abrirlas para dar esperanzas de mejora a quienes viven en la pobreza. La movilidad social es producto de la libertad y de la igualdad de oportunidades, no una dádiva de un gobernante generoso del que dependamos. No esperemos dádivas generosas. No esperemos nada del poder, salvo que no estorbe. Trabajemos y aseguremos los legítimos frutos de nuestro trabajo. La actividad es la esencia del ser humano, porque define su relación con el mundo. El trabajo es la expresión de esa actividad. Nos definimos en nuestra actividad. O en la falta de ella: nuestro ser se disuelve cuando se disuelve nuestra actividad, y se convierte en sólida roca cuando con la solidez de nuestra actividad traba-

jamos la realidad. Por eso no hay pregunta más íntima que preguntarle a alguien qué hace, y no hay mayor desastre que no hacer nada, porque eso nos reduce a la nada. A quien se ve reducido a la nada por su inactividad es necesario recordarle su naturaleza humana.

Trabajadores y burgueses, siervos y nobles, plebeyos y esclavos: diferentes nombres para individuos que buscan su provecho personal con mayores o menores posibilidades, y que lo podrían alcanzar en un sistema de libertades personales y de igualdad de oportunidades. Los diferentes resultados a que cada individuo llegue en un sistema de libertades son el único significado que deberían tener las clases sociales. Son el resultado de nuestra libertad. Son individuos diferentes que obtienen resultados diferentes. Para que este sistema de libre relación funcione es fundamental preservar la igualdad de oportunidades de salida, así como es fundamental eliminar la igualdad impuesta, contraria a la diversidad humana. La vida de cada uno debe ser el reflejo de sí mismo, no de imposiciones externas. Debemos aspirar a una total transparencia social, en la cual la situación de cada uno sea el resultado del libre ejercicio de sus derechos y del cumplimiento de sus deberes. El lugar al que le han llevado sus decisiones personales, y del que puede salir o quedarse por sus decisiones personales.

Hasta aquí, lo que deberían ser las clases sociales si existieran. Pero de la misma manera que no existen las razas a no ser como tipos ideales, no existen las clases sociales a no ser como metáfora, pues la mayoría de individuos puede tener características de una clase o de otra. Hace años viajar en avión era síntoma de una clase alta, hoy día es algo accesible a una gran mayoría. Tener un coche por familia era un indicio de que esa familia prosperaba, hoy si sólo hay un coche es más bien poco en muchos contextos sociales. Ir a un restaurante hoy es algo cotidiano, hace años era por alguna celebración. La asistencia médica era un lujo, hoy es un derecho. La idea de clase social es tan escurridiza y cambiante como la idea de raza, porque lo real son los individuos. Por eso es mejor que hablemos de lo real, y las metáforas sólo las usemos como metáforas, su utilidad es relativa, y tienen el peligro de que alguien las tome como reales y las convierta en su ídolo.

El antagonismo entre clases lleva a la destrucción del conjunto, porque es antagonismo entre individuos. La lucha de clases es una guerra civil. Las clases (meros nomina) dependen unas de otras, como dependen los individuos (su particular real). Y del reconocimiento de esa mutua dependencia vendrá la colaboración, la interrelación, que llegará a ser produc-

tiva cuando cada individuo piense no en la destrucción del otro (que llevaría a la propia) sino a la relación con él (que puede llevar a la mejora de ambos). Por eso la interacción de individuos trae paz social, y sólo busca guerra civil quien promueve la lucha de clases.

Las relaciones de producción entre clases no son algo transitorio. Lo es su forma, que se adapta a cada circunstancia histórica (manufactura, industria, sociedad del conocimiento, cazadores – recolectores...). Pero en toda sociedad que haya producido riqueza han existido relaciones de producción, y la riqueza se estanca en toda sociedad en la cual no se permita a los individuos relacionarse para producir. A mayor libertad de relación más riqueza potencial. A menor posibilidad de relación, menor riqueza se produce. Somos un animal eminentemente social, es vital para nosotros relacionarnos con otras personas. Y de esa relación a veces surge un intercambio de intereses en el cual ambas partes salen ganando. Ambas partes. Esto es lo que no comprenden quienes quieren suprimir la relación personal por la subordinación al Estado, en la confianza de que ese Estado ordenará las relaciones hacia la producción de riqueza y que después la repartirá. Esa creencia es a veces una ingenuidad infantil, y otras veces una taimada maldad. Nadie mejor que uno mismo conoce su propio interés, y nadie mejor que uno mismo es el gestor de sus propios capitales (dinero, tiempo, trabajo, talento). Y ninguna gestión de esos capitales es mejor que ponerlos en relación con los capitales de otros individuos, en la confluencia de cuyos intereses podemos aumentar nuestro capital (dinero, tiempo, trabajo, talento). Paralizar la gestión personal de la riqueza supone paralizar la creación social de riqueza.

La historia de cualquier sociedad no es la historia de sus antagonismos de clase, sino la historia de sus relaciones de clase. Esas relaciones acaban por difuminar las propias clases, como difuminadas están hoy día si nos comparamos con el pasado. Ningún individuo progresa por su gestión de los antagonismos de clase, sino por su gestión de las relaciones con otros individuos. Un poderoso resentimiento está detrás de esa fundamentación de una ideología social en los antagonismos de clase. Por el contrario, la confianza en el otro, ver al otro como un aliado y no como un enemigo, está en la base de una conducta que se basa en el intercambio de intereses, no en el enfrentamiento. El comercio une a los pueblos, la guerra los separa, y la guerra civil los separa con la más amarga frontera, la que se da entre lo más próximo. Cualquier lugar de intercambio es un escenario del

enriquecimiento mutuo, mientras que el escenario frecuente de una revolución es el cementerio o el país pobre del que todos quieren huir, salvo sus privilegiados gobernantes. El comerciante autónomo lo que quiere es abrir su comercio. El gobernante totalitario lo que quiere es cerrar su país.

El noble objetivo de la desaparición del antagonismo de clases se logrará no por la homogeneización forzosa de los individuos, sino por la visión de que esas diferencias de clase son oportunidades para cambiar el propio estatus. Si todos somos iguales y tenemos lo mismo nadie puede cambiar. Si todos somos diferentes y yo quiero cambiar, tengo oportunidades para conseguirlo, porque las diferencias entre individuos (que así se debería denominar a las diferencias de clase) no son más que la parte visible del dinamismo de una sociedad que genera oportunidades, y que permite expresar las diferentes preferencias personales. La camisa mao igualitaria es una expresión de falta de libertad individual.

A no ser que echemos de menos los cerrados estamentos sociales medievales, no se puede encorsetar la libertad humana bajo etiquetas de clases sociales. Habrá tantas clases como iniciativas individuales pueda haber. Incluso tantas clases como individuos. Toda clasificación estricta es una mentira. La libre relación individual implica dinamitar el concepto de clase social, y la sacralización de ese concepto implica eliminar la libre relación individual en pos de una congelación artificial del individuo en un cajón conceptual. Clasificar a los individuos en clases sociales revela un secreto y vergonzoso aprecio por ese orden estamental feudal, por mucho que se prometa abolir esas diferencias, y sobre todo si después nunca se cumple la promesa. Es el pecado inconfesable de quienes prometen prosperidad eliminando la libertad. Presumen de eliminar la clasificación social, pero nos encierran en una clase única.

Cuando alguien trata de mejorar su vida no está pensando, por tanto, en mejorar las condiciones de su clase social, pues tal cosa no existe. Trata de mejorar su propia vida, y la manera de hacerlo es establecer relaciones satisfactorias con otros individuos, unas relaciones que pueden ser de muy diverso tipo, desde amorosas a comerciales o intelectuales. Y conseguirá hacerlo si los individuos con los cuales se relaciona también obtienen alguna ventaja de esa relación, de tal manera que sea provechosa para ambos. Así se extiende el progreso por el tejido social: no por la competición entre clases sociales, sino por la libre relación entre individuos guiada por ellos mismos. La destrucción de una clase social por otra es en realidad la des-

trucción de un grupo de individuos por otro, y eso no supone un avance hacia el bienestar, sino una merma de la plétora de oportunidades que tenemos que reconocer en el rostro de otra persona, en lugar de verlo como un obstáculo a nuestro progreso. El otro no es el obstáculo, sino una esperanza. No es una amenaza, sino una promesa. Al verlo así y tratarlo así se extiende el progreso. Al verlo como enemigo y tratarlo como enemigo se extienden la muerte, la destrucción y la miseria.

No es lo mismo la igualdad ante la ley que igualdad mediante la ley: en un caso nos permite mejorar nuestra situación y escapar de la discriminación, en otro nos impide ejercer nuestra libertad y disfrutar de los resultados de nuestras aptitudes. Nada más igualitario que el libre uso de la igualdad de oportunidades. Afortunadamente, no somos iguales, sino que exigimos igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades como instrumentos de nuestra diversidad. Garantizar esa igualdad de derechos es la tarea de un Estado que trabaje por la libertad de los individuos. Pero si el Estado impone una igualdad inmovilista elimina libertad y diversidad. Y si no garantiza la igualdad de derechos, la libertad tendrá un déficit de partida. La igualdad de oportunidades, en conjunción con nuestra libertad y nuestra diversidad, acabará generando una sociedad igualitaria en cuanto al punto de partida y libre en su desarrollo. Las desigualdades serán el resultado de nuestra acción libre. Entre los dos extremos del Estado totalitario que nos iguala y la ausencia total de Estado que inutiliza nuestra libertad, debemos construir un Estado que nos permita acceder por igual a las oportunidades, así como explotarlas según nuestra diversidad, y por tanto de manera desigual. El primer imperativo del individuo libre consiste en imposibilitar el surgimiento de un Estado totalitario, y para ello debemos confiar en nosotros mismos. Somos sujetos de derechos y responsables de nuestra libertad, no piezas intercambiables de un conjunto. “Si me mantenéis en el poder, yo os daré lo que necesitáis, a todos por igual”, es la promesa de quien te mantiene en la dependencia. Es la misma promesa del granjero a su ganado. La moderna esclavitud adopta nuevas formas, ahora las cadenas son una paga, una ayuda, una caja de alimentos, un privilegio aduanero. Regalos envenenados. Son los modernos esclavistas, que convierten a los seres humanos en limosneros que venden su libertad por una ayuda, una subvención, un arancel, un insulto en forma de dinero. Son enemigos de la libertad y de la dignidad.

Cada uno de nosotros es una capa de identidades. Las identidades nacionales, por ejemplo, no son más que una de esas capas que pueden asumir los individuos junto a tantas otras (clase, raza, religión, aficiones, profesiones, sexo). Esas capas identitarias no deben ser absolutizadas, no son más que expresión de la libertad individual, y no deben ser más que eso. El individuo debe ser amo y señor de sus identidades, no a la inversa. Las diferencias nacionales no tienen más importancia que la vestimenta, así como no tienen más importancia la lengua, la comida o la forma de hablar. Todos somos individuos de una república universal que es la humanidad, de la cual la realidad somos cada uno de nosotros.

La sociedad funciona cuando los individuos se relacionan entre sí más allá de esas características individuales (nación, religión, raza, etc.). Y funciona para todos si no hay un grupo de individuos que monopolice esa relación. El monopolio es el enemigo de la libertad relacional. Si la relación entre unos y otros es libre y sometida a las mismas reglas para todos, uno podrá poner su talento individual (inteligencia, capacidad de trabajo, habilidades, etc.) al servicio de uno mismo por lo que saca de ellas y al servicio de los demás por lo que ofrece con ellas. Por eso no debe haber un grupo de individuos que se apropie del poder. Por eso lo mejor es que el poder sea inapropiable, y para eso debe estar diluido en instituciones que se controlen entre sí y que estén sometidas a la vigilancia de los individuos. El poder absoluto sin controles coarta la espontaneidad de la interconectividad humana.

4. Propiedad, trabajo y capital

Cuanta más habilidad y talento requiere el trabajo, más enriquece al trabajador la formación que necesita para ejercerlo. El ser humano debe aspirar a un trabajo formado, no a un trabajo de meras máquinas que acabarán haciendo las máquinas. Cuanto más se educa un trabajador más se desvincula de su simple fuerza bruta y más se humaniza por el talento que necesita para trabajar. Que se exija formación para trabajar redundará en beneficio de los trabajadores, que tendrán que cultivar su mente, no ser mera fuerza bruta. El trabajo que exige formación enriquece al trabajador. El trabajo simple de la fuerza bruta o la mente vacía convierte al trabajador en una bestia de carga o un robot, y por tanto es una gran conquista que

los robots, los algoritmos o las bestias hagan un trabajo que no exija talento humano. El progreso de la industria moderna dignifica al trabajador como ser humano porque le aleja del mero mecanismo. No se distingue entre hombre y mujer en el trabajo actual, sólo importa de qué eres capaz. No se distingue de dónde vienes, sólo importa qué eres capaz de aportar. No se distingue entre razas o creencias, sólo importa de qué eres capaz. Este es el potencial igualitario y diferenciador de la interacción humana en el trabajo. Quien acoga a los que aportan talento y trabajo se enriquecerá, quien los deje fuera se empobrecerá. Por eso a todos conviene la libre circulación del talento. Si el trabajador tiene la formación y las ganas, él mismo pone precio a su trabajo. Si carece de las cualidades que den calidad a su trabajo, el precio lo pondrá otro. Si tiene dificultades para desarrollar esas cualidades, a todos interesa ayudarle.

Una vez que alguien ha hecho su trabajo y ha obtenido su rendimiento, es dueño de sí mismo y debe tener libertad para decidir en qué gasta el producto de su trabajo, ya sea este un objeto, un salario, o una creación artística. El trabajador es el propietario de su beneficio, y como propietario él decide qué hace con su producto. Todos los que han trabajado en una tarea deben obtener rendimiento de esa tarea, cada cual en función de su aportación a la misma. En la interacción mutua todos somos trabajadores: tanto quien emplea como quien es empleado. De esa interacción todos deben beneficiarse de algún modo, o se desvanecerá como una estafa cuando desaparezca el estafador.

Por eso la falta de un trabajo libremente elegido nos convierte en esclavos, un trabajo impuesto que no nos beneficie nos despoja de nuestra humanidad. Y un trabajo libremente elegido que nos beneficie nos permite vivir como seres humanos.

La propiedad privada individual legítima es el producto de la libertad individual y de la relación entre libertades individuales. Con mi libertad elijo (y puedo equivocarme) cómo y dónde trabajar, y a partir de ahí puedo iniciar un capital. Y con mi capital puedo invertir (y puedo equivocarme) para dar trabajo a otros, y yo mismo ganar más capital. El trabajo y el capital no son contrarios, sino que pueden producirse uno a otro: el trabajo produce capital, y a su vez el capital produce trabajo. Siempre y cuando existan unas mínimas reglas de juego legales y alguien que vele imparcialmente por ellas, de la misma manera que deben existir unas normas de tráfico para que cada uno vaya donde quiera.

A muchos sobrecoge la idea de abolir la propiedad privada. Pero sobrecoge ante todo a quienes tienen muy poco para sobrevivir, porque a esos aun lo poco que tiene se les arrebató. Es un hecho que el trabajo y el ahorro han sido los instrumentos de progreso personal para muchas personas de pocos recursos, que con el tiempo – y gracias a la propiedad privada – han conseguido mejorar su condición y la de sus hijos. ¿Hay que fiarse de un gobierno que les quite esa propiedad con la promesa de que les garantizará la prosperidad? Quien tenga tal fe será la prueba de que, aunque parecía desaparecida la fe religiosa, la ha sustituido una fe mayor: la fe en el Estado. En una sociedad sin propiedad privada la riqueza estará monopolizada por intereses políticos. Si hay personas que no tienen acceso a la propiedad la cuestión es darles acceso, no quitárselo. La cuestión no es eliminar la riqueza, sino la pobreza. El problema no es que haya personas que tengan mucho recorrido económico, sino que haya personas que no puedan llegar ni al punto de partida.

La riqueza se crea o no se crea. Donde no se crea existe la miseria, y donde se crea va desapareciendo la miseria. La propiedad privada no es un juego de suma cero, si yo tengo algo no necesariamente es porque se lo haya quitado a otro: si pinto un cuadro no es que lo haya robado a otro, si construyo una casa no es que la haya robado a otro, si recojo una cosecha no es que la haya robado a otro. Partes del mundo a cuyos individuos se les impedía crear riqueza hoy día viven mucho mejor que antes, precisamente por el incentivo real de crear riqueza. En el juego de la creación de riqueza todos ganan en función de su participación: quien me vendió las pinturas se benefició de que yo pintara un cuadro, el fontanero al que acudí se benefició de que yo tuviera una casa, quien vende alimentos se benefició de que yo los cultivara.

Contrariamente a la idea según la cual el trabajo es necesariamente alienante en una sociedad desarrollada, si miramos a nuestro alrededor de una manera desprejuiciada y atendemos a las cifras, vemos que todo el siglo XX es una refutación empírica de esta afirmación. No necesariamente el trabajo asalariado es alienante. Enormes capas de población han conseguido salir de la miseria en la que han estado durante siglos gracias a que han podido elegir entre el trabajo alienante en el que vegetaban sus antepasados y otro trabajo un poco mejor que se les ha ofrecido por la inserción de su país en la red mundial de relaciones. Estas oportunidades se ofrecen a todos los ciudadanos cuyos gobiernos (y ellos mismos) estén atentos a las

ocasiones que ofrece esa red de relaciones, porque esas relaciones interesan a todos. A nadie interesa tener un vecino pobre, a todos interesa tener vecinos prósperos con los que poder interactuar. Por eso a todos interesa acabar con la pobreza, y a todos interesa la creación de riqueza.

En el trabajo se construye no sólo la riqueza personal, sino la misma individualidad. Si el trabajo es alienante e impide el crecimiento de esa individualidad, es vital que el trabajador pueda elegir por sí mismo para cambiar de trabajo. La mejor garantía de la libertad del trabajador es el pleno empleo, y la peor amenaza es no poder elegir el empleo. Todo trabajador posee en sí una serie de habilidades que a otro interesarán, y que estará dispuesto a pagarle por ellas, y a quien no las tenga habrá que ayudarle a desarrollarlas. Leyes y gobiernos sólo deben ser los medios que faciliten el contacto de ambas partes.

5. Globalización

La riqueza no tiene patria. Las patrias y nacionalidades son instrumentos ocasionalmente útiles que son finalmente superados. La riqueza se multiplica si los individuos pueden relacionarse más allá de las fronteras nacionales. El capital busca trascender esas fronteras, porque es su manera de crecer. Si tienes un capital (dinero, formación, energía, tiempo, voluntad, etc.), valdrá mucho más si tienes un mercado más amplio donde ofrecerlo: el mundo entero. La riqueza puede crecer si se facilitan las relaciones, y las fronteras rígidas dificultan las relaciones entre los intereses individuales. Seguro que en la otra punta del mundo hay alguien a quien le interesaría algo que tú puedes hacer, el problema es contactar con él.

Las redes de intercambio van creciendo a escala planetaria, desde el simple mercado de una aldea hasta la red de intercambio global que hoy se acelera. De productos materiales o de productos inmateriales, pues los individuos intercambian manufacturas e ideas, y cuanto más global y libre es ese intercambio tanto más beneficia a quienes participan en él. El ser humano no sólo intercambia materia, sobre todo intercambia ideas, y estas ideas definen qué se hace con la materia y qué significa la materia para nosotros. La materia no es nada sin la idea, durante miles de años nuestros ancestros pasaron junto al fuego sin comprenderlo. La evolución de la materia producida por el ser humano es un reflejo de las ideas producidas

por el ser humano, y estas evolucionan conforme las intercambiamos entre nosotros, y conforme evolucionan esas ideas damos forma a una materia que era hostil o inservible: convertimos un árbol incendiado en una hoguera, y creamos un hogar.

Los enemigos de la interconexión humana son el miedo, la ignorancia, la cerrazón de ideas, el fanatismo, el proteccionismo, el nacionalismo, la guerra. Los aliados de esa interconexión son la ciencia, la educación, el cosmopolitismo, la razón, la creencia en el progreso, la paz, el comercio. Esta interconexión creciente pone de relieve nuestra desigual manera de comportarnos, porque al ejercer la libertad los individuos recogen diferentes frutos de sus diferentes acciones. La diversidad humana enriquece nuestra convivencia, pues la relación es más interesante o ventajosa entre desiguales que entre iguales. La monotonía de la igualdad es el desierto en el que no crece nada, la diversidad es un vergel para nuestra especie. Nuestra diversidad produce desigualdad, la cual debe ser sólo el reflejo de nuestra libertad. Por eso no hay que erradicar esa desigualdad, sino la pobreza, que es la máxima igualadora.

En su interconexión, los individuos sacan provecho de los medios de comunicación no cuando los usan para cavar unas trincheras desde las que enfrentarse a otros, sino cuando los usan para vigilar qué oportunidades de relación tienen con respecto a otros: esa persona necesita de mis conocimientos de matemáticas y paga por ellos, aquel otro paga por mi tiempo para limpiar su casa, aquella empresa necesita el tiempo y la energía de alguien que coloque sus productos, tal otra me paga por lo que sé, y aquellas otras personas pagan por escuchar mi música... Cuanto más fácil es la conexión entre nosotros más oportunidades de bienestar habrá, y cuanto más aislados estemos más pobres e ignorantes seremos. Si nos relacionamos, es bueno que sea para beneficiarnos mutuamente de nuestras diferencias, no para imponer el páramo de la igualdad niveladora.

La interdependencia es pacificadora: los países que progresan en el bienestar viven en un estado de paz perpetua entre ellos, no les interesa la guerra, sino el intercambio de materias e ideas. De la misma manera los individuos, que son la realidad de cada sociedad. Si son personas formadas y trabajadoras saldrán adelante si se les permite su libre conexión con quienes demanden ese talento y esa capacidad de trabajo. Si no lo son, deberán aprender a serlo. Si no pueden serlo, es preciso ayudarles a serlo.

Y si es imposible que lo sean, que les ayudemos a mantener su dignidad será la prueba de nuestra dignidad.

No existe una hora decisiva en este progreso material e intelectual de la humanidad. No hay una lucha final, esa imitación del juicio final (de nuevo un revelador trasunto de lo religioso). Es una lucha continua y diaria para mantener unos logros que pueden perderse por muy sólidos que nos parezcan. No hay un enfrentamiento final que inaugure la balsa de aceite de la historia. La lucha ocurre todos los días y a cada momento. Pero no entre individuos, sino en nuestra relación con el mundo, en cada acto que hacemos si lo hacemos como una interacción que merezca la pena. Esa es la lucha de la que todos salimos victoriosos en la medida de nuestra intervención.

6. El poder centralizado

El movimiento de interrelación de los individuos es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. Otras presiones, revoluciones y movimientos sociales obedecen a intereses minoritarios. Si una minoría (partido político, grupo de presión, gran empresa) impone sus planes al resto de la sociedad, lo habitual es que esos planes reflejen sólo sus intereses, y desconfiemos si nos dicen lo contrario. Es imposible que la mejora de un fenómeno tan complejo como la sociedad humana pueda ser planificado con éxito por una minoría, ya que su visión siempre estará falta de datos y condicionada por sus intereses particulares. Hay que ser muy creyente en el poder para pensar que el poder puede controlarlo todo: renegaron de la omnisciencia divina para caer en la omnisciencia estatal. En cambio, al relacionarse cada uno libremente con otros en un marco de leyes igualitarias, se promueve el progreso de la propia especie al buscar cada uno meramente su interés individual, ya que si busca ese interés individual de una manera legal estará ayudando también a aquellos cuya colaboración necesita para su propio progreso. El ciudadano no busca imponer su interés particular al resto, sino simplemente usar sus inquietudes como guía de interacción. Una de las principales motivaciones de la mayoría de individuos es su propio progreso, y esa motivación puede ser un engranaje del progreso social si nuestros intereses están interconectados. No es un mecanismo invisible, todos podemos ver sus efectos.

Se interconectan si se relacionan en libertad, y se oponen entre sí cuando alguno de los participantes no puede elegir. Ese progreso de nuestra especie a través de la libre interacción debería ser elevado al estatus de lo sagrado, y su símbolo ser el apretón de manos. El progreso de la mayoría es un fenómeno emergente resultado de la libre interacción entre individuos si esta interacción es fruto de una libertad regulada por leyes basadas en la igualdad de derechos, por eso el progreso de una sociedad se resiste a la planificación centralizada. Es una arrogancia de fatales resultados que una minoría crea saber cómo mejorar la vida de todos. Son los propios ciudadanos quienes se pondrán a la tarea de mejorar su propia vida si encuentran las condiciones para ello, y es preciso dejarles hacer y ayudarles a hacerlo, pero en un camino que deben orientar ellos mismos si queremos que tenga éxito. La minoría gobernante sólo debe darles las condiciones para que ellos mismos mejoren su propia vida, y para que quienes no estén en condiciones de hacerlo lleguen a estarlo. Gobernar no es cultivar personas, sino permitir que las personas se cultiven a sí mismas. Así esas personas serán libres, no esclavas de quien las mantiene en dependencia.

En esta dinámica social de mejora, las revoluciones y guerras son incruentas. Consisten en cambios en las relaciones humanas, no en misiles, bombas o guerras civiles. Si mis vecinos dejan de comprar pan porque ahora prefieren comer arepas, eso supondrá un cambio al que me tendré que adaptar. Y si fabrico arepas en lugar de pan no tendré necesidad de bombas ni trincheras. En la medida en que cada individuo tenga la suficiente flexibilidad para relacionarse, la sociedad mundial será más pacífica a la vez que mucho más dinámica: en pocos años podrán suceder cambios que antes tardaban siglos.

7. Las ideologías

A menudo oímos un lamento por el fin de las ideologías. ¿Hay que llorar por ese fin? El siglo XX fue el siglo de las ideologías, y ya vimos su resultado: una insoportable acumulación de muerte. En política, las ideas deben ser un subproducto de los hechos. Son una superestructura a la que sostiene la marcha real de la interacción, y si no cumplen ese papel no son más que un obstáculo. Si las ideologías políticas están desapareciendo no es por efecto de un plan contra ellas, sino por la evidencia de que la libre

relación individual es el instrumento más efectivo para la producción de riqueza, y para ser libre esa relación no debe estar subyugada a dogmas ideológicos, sino sólo atenta al resultado empírico: si una idea funciona, es buena; si no funciona es mala. Si una interacción me permite progresar, es buena; en caso contrario debo dejarla. Y si no puedo dejarla no se me está permitiendo ser libre. ¿Qué importa si una idea que funciona proviene de la izquierda, la derecha, el centro o el más allá? Nuestra ideología política (como nuestra raza, religión o sexo) no importa si nuestros intereses personales se complementan. Estos son los antagonismos individuales que elimina la libre relación productiva, y estas son la igualdad y la fraternidad que genera esa relación productiva. En las transacciones libres desaparecen las razas, los credos, las ideologías. Es la fraternidad de quien vende y quien compra, de quien escribe y quien lee, de quien habla y quien oye. Me fío de quien cumple la promesa de su interacción, y para ello no son importantes la forma de los ojos, el color de la piel u otras circunstancias de mi interlocutor. Son detalles irrelevantes.

Está surgiendo una sociedad en la que el libre desenvolvimiento de cada uno depende del libre desenvolvimiento de los demás. Estamos viviendo ese proceso. No hay auténtico libre desenvolvimiento de uno mismo si no es por la relación con la libertad de otros. El amo de un esclavo a su vez es un esclavo de esa relación. Estamos configurando una sociedad que es una red de libertades y responsabilidades. Es en la libre interacción mutua donde puede nacer el libre desenvolvimiento de uno, pues una libertad solitaria no fructifica, como no hay libertad en una relación esclava. Si uno progresa es porque vive en una sociedad donde otros pueden progresar. El reto es que esa libertad de relación sea cada vez mayor para que cada vez más personas puedan usar su libertad para progresar. Y uno de los más graves obstáculos que se han formulado para que ese reto se alcance es la visión de la sociedad como grupos enfrentados de individuos, en lugar de verla como individuos que pueden beneficiarse de la libre relación mutua. Esa es la ideología de la lucha, que no busca el apretón de manos ni el acuerdo, busca el puño y el incendio. El apretón de manos es imposible con el puño alzado.

Es necesario valorar a los demás y relacionarse con ellos no tanto por lo que dicen sino por lo que hacen. Las ideologías son palabras, meros nomina. Lo real son las acciones. Si alguien nos dice “yo tengo la ideología X” (comunista, liberal, animalista, cristiana, transhumanista) debemos

anotarlo como una palabra, un dato, pero ese dato no nos debe impedir valorar con objetividad sus acciones. Si sus actos tienen nuestra valoración positiva nuestra relación con él será positiva. Si sus actos nos parecen reprobables, nuestra relación con él debe ser de alejamiento o de oposición. Pero las palabras son un accesorio en todo esto. Pueden confirmar los actos, o ser contradictorias con ellos. Y es en función de los actos como debemos decidir. Esto nos lleva a descartar la bondad de una agrupación política simplemente por la buena sonoridad de sus palabras, y también la maldad de un grupo de personas simplemente por la cacofonía moral de sus palabras. A todos debemos juzgarlos por los resultados de sus acciones, no por sus palabras o por las palabras que otros dicen sobre ellos. Por tanto, deberíamos relacionarnos con personas de cualquier ideología, hasta ver qué hacen esas personas y a qué conducen sus acciones. Entonces decidiremos si establecer relación, inhibirnos, u oponernos. La vida colectiva como interacción es lo contrario del sectarismo de las burbujas.

Oponerse al estado de cosas social y político existente debe consistir no tanto en buscar a quién oponerse como buscar con quién asociarse. Unas relaciones individuales acabarán promoviendo otras relaciones que uno mismo no hubiera considerado en una primera impresión, y otras relaciones acabarán siendo caducas si no se usan. Más que luchar contra una institución social con las hogueras en la mano, es más efectivo dejar de relacionarse con ella y con quienes la componen, de manera que desaparecerá por sí misma si es algo dañino para individuos libres. Eso sí será algo sólido que se desvanezca en el aire. Más que el enfrentamiento, a medio o largo plazo es más provechoso el desinterés, la no colaboración, la resistencia no violenta. Por eso el derrumbamiento violento de todo el orden social tradicional puede ser una empresa muy emocionante, pero si nos ponemos a ello es muy probable que – como ya hemos comprobado – vuelva a aparecer con otro nombre lo que con sufrimiento derrumbamos. Las cosas deben caer por su propio peso. Si las cortamos sin que estén muertas vuelven a crecer.

Los individuos no podemos perder más que nuestras carencias si buscamos relaciones fructíferas con otros individuos. Tenemos, en cambio, un mundo por ganar.

¡ INDIVIDUOS DEL MUNDO, INTERACCIONAD !